

Censura/Autocensura: un tema que trastocó y sigue trastocando mi vida

Por Livia Hidalgo

Hace pocos días recibí una invitación para presentar un texto cuya temática debía ser: Censura/Autocensura. Dije que lo intentaría, aunque no estaba segura de poder hacerlo. Digamos que en principio me autocensuré con el pretexto de ignorar el tema. Cuando digo “ignorar” me refiero a la profundidad que, desde luego, esta temática tiene. ¿Qué podía aportar yo que nunca había reflexionado seriamente sobre este asunto? Despreciaba ciertas vivencias personales vinculadas a la Censura/Autocensura porque me parecían poco interesantes para una exposición, ya que en mayor o menor medida todos hemos padecido y seguimos padeciendo censuras y autocensuras.

Había ya desistido, ahora se sumaba otro pretexto, la falta de tiempo. Por tanto, abrí el correo electrónico con la finalidad de disculparme con María Inés ya que había decidido desatender su amable invitación. Sucedió que en ese preciso momento recibí un e-mail que me enviaba una joven poeta cordobesa que actualmente está residiendo en Buenos Aires, Paula Giglio, con un archivo. El archivo contenía el texto “El maestro ignorante. Cinco lecciones sobre la emancipación intelectual” de Jacques Rancière; un libro escrito en 1987, traducido al español y editado en 2003 por Editorial Laertes, Barcelona, pero que yo no había tenido ocasión de leer. Imprimí el archivo, olvidándome por completo del e-mail que pretendía enviar a María Inés.

El libro de Rancière habla de la experiencia azarosa que Joseph Jacotot vivió en 1818 cuando fue lector de literatura francesa en la Universidad de Lovaina. Muchos de sus alumnos ignoraban el francés y Jacotot, por su parte, ignoraba totalmente el holandés. Por lo tanto, no existía un punto de referencia lingüístico mediante el cual pudiera instruir a sus alumnos. “Sin embargo, quería responder a los deseos de ellos. Por eso hacía falta, establecer entre ellos y él, el lazo mínimo de una cosa común”. Y el lazo fue un libro: la edición bilingüe de *Telémaco* de Fénelon. Jacotot pidió a sus alumnos que aprendieran francés ayudándose con la traducción. El resultado de esa experiencia fue asombrosa: “sus alumnos, entregados a sí mismos, habían realizado este difícil paso tan bien como lo habrían hecho muchos franceses”. “Entonces, ¿no hace falta más que querer para poder?”-se dijo Jacotot- “...el hecho era que estos estudiantes *aprendieron* a hablar y escribir en francés sin la ayuda de explicaciones”. “Él los había dejado solos con el texto... y su voluntad de aprender francés”. “El hecho estaba ahí: aprendieron solos y sin maestro explicador” “...la inteligencia que les hizo aprender el francés en *Telémaco* era la misma con la que aprendieron la lengua materna: observando y reteniendo, repitiendo y comprobando, relacionando lo que pretendían conocer con lo que ya conocían, haciendo y reflexionando en lo que habían hecho. Hicieron lo que no se debe hacer, como hacen los niños, ir a ciegas, *adivinando*”. Jacotot “indicó el medio de esta *enseñanza universal: aprender alguna cosa y relacionar con ella todo el resto según este principio: todos los hombres tienen una inteligencia igual*”.

Tras esta larga digresión, diría que Jacotot me obligó a usar mi natural inteligencia dándome confianza en mis propias potencialidades, acicateó mi voluntad, me ayudó a aventurarme, a improvisar, me dispuso a hablar sobre un tema que ignoro. Y como para él, “comprender es sólo traducir, es decir, proporcionar el equivalente de un texto pero no su razón”, se me ocurrió releer mi propia obra y ver si encontraba poemas que tuvieran relación con el tema referido. Y el resultado, al igual que el de Jacotot, fue sorprendente: he hablado de Censura y Autocensura durante toda mi vida, sin tener acabada consciencia de ello.

Dado a lo acotado de este trabajo, sólo daré algunos ejemplos. Elijo poemas extraídos de los tres primeros poemarios por su brevedad, sorteando la tentación de corregirlos.

Mi primer libro, *Formas Horadadas*, editado por Argos en el año 1991, comienza con un poema vinculado a la censura impuesta por el grupo familiar, pero también por el entorno o familia extensa, ya que los integrantes de mi pequeño pueblo natal son coadyuvantes y por la religión, en este caso, la católica, apostólica, romana.

si la piel es el látigo de los sueños ilícitos
 si el amor es un animal agónico en el jardín de los monasterios
 si los dedos cercenan cuando hablan
 si la locura es una réplica del pabellón de los muertos
 si la razón es la blasfemia que fragmenta al hombre
 ¿cómo habremos de restablecer las formas horadadas?

Al releer este texto advertí que la censura externa es causa, a su vez, de la autocensura (censura interna). Que la censura y autocensura provocan la mutilación del individuo. Atentan contra su libertad, entendiendo ciertamente que la libertad de un individuo termina cuando empieza la libertad del otro.

En los versos que siguen creo ver un ejemplo del paso de la censura a la autocensura:

detrás
 un ojo medular me mira
 sangra
 me hiere
 se desintegra en telarañas de fuego
 surca las paredes
 de un agua cenagal
 y me soborna.

Reviendo este poema comprendí que la forma de batallar contra la censura, ese ojo inquisidor, comienza por batallar contra la propia autocensura, nuestro propio ojo inquisidor. He aquí que en el poemario *Otra orilla para abrazar la noche* publicado por Argos en 1994, encontré varios poemas que dan cuenta de esta batalla emprendida por el yo lírico por emanciparse de las censuras y autocensuras.

En primer lugar, la batalla contra la censura familiar y el entorno:

Habían dispuesto mi incienso y mis óleos.
 Me pusieron ajorcas en las muñecas
 y ciñeron mi cabeza y mi rostro con turbantes.
 Pero mis manos
 buscaban otra orilla para abrazar la noche.

*

Tuve que burlar los guardianes de la casa

la única esperanza de justicia era la justicia de Dios a la que ellos decían someterse; claro que para ellos era la absolución y para el yo lírico –encarnación de la víctima- la condena eterna.

Una forma de resistencia ante lo oprobioso es no callar, es dar testimonio. Testimoniar es poner en acto la palabra. Y esto no es una cuestión que atañe sólo a los escritores. A todos nos ha sido dado ese albergue: el lenguaje, y todos tenemos la capacidad de expresarnos, de dar a conocer nuestras vivencias. Un ejemplo son los testimonios: de las víctimas que lograron salvar su vida, de los familiares y allegados de las víctimas, y de tantos otros cercanos a los acontecimientos referidos. Gracias a ellos se lograron las sentencias de algunos de los genocidas. Hablar, denunciar, vencer el miedo - pese a todas las intimidaciones, pese a todas las amenazas, pese a todas las censuras y autocensuras- fue de una importancia decisiva a la hora de juzgar los crímenes de lesa humanidad, aunque tuvieran que esperar casi cuarenta años para ello.

Siempre que me refiero a este tema se me viene a la mente el poeta rumano Paul Celan. Su padre y su madre fueron asesinados en los campos de concentración nazi y él mismo estuvo casi dos años en uno de ellos. La lengua materna de Celan era el alemán y no el rumano, ya que su madre era alemana y de niño le hablaba en esa lengua. Por tanto sus poemas están escritos en la lengua materna que era también la lengua de los asesinos. A Celan le enfurecía saber que algunos de los genocidas alemanes escribían poemas. En el año 1960 le escribía a su amiga, la poeta alemana exiliada en Estocolmo Nelly Sachs, y le preguntaba sobre la condición humana de los nazis: *Sabe, algunos de ellos escriben poemas. Esos hombres, ¿escriben poemas! ¡Qué no escribirán, los falsarios!*". La sola publicidad de que algunos de los nazis recientemente capturados escribían poesía le resultaba inconcebible: la poesía debía tener una base moral.

Me hago entonces, las siguientes preguntas: ¿La censura debiera verse siempre con signos negativos? ¿Hay censura con signos positivos?

No me atrevería a decir que una censura sería positiva si se prohibiera la edición de poemas –si existiesen- que exaltaran el accionar de los militares implicados en la dictadura. Sin embargo, como coordinadora de talleres de poesía, los censuraría: no los difundiría. Pienso que uno debe reprobador los actos aberrantes de los genocidas, sea cual fuere el medio utilizado para promocionarlos. No sólo por no estar uno dispuesto a alinearse con lo ominoso, sino por el compromiso moral que debe asumirse: evitar que esos mismos hechos vuelvan a repetirse.

Ahora bien, siguiendo con el mismo planteo, pero saliendo ya del tema literario y, quizás, acercándome a una postura más bien psicológica: ¿La autocensura debiera verse siempre con signos negativos? ¿Hay censura con signos positivos?

Creo que sí hay autocensura con signo positivo. Y si ésta hubiera funcionado entre los genocidas, si hubieran reprimido sus instintos asesinos, sus instintos sádicos, su ira fanática, podrían haberse salvado muchas vidas, evitado muchas vejaciones, no hubiera habido niños apropiados.

Entonces vuelvo a la libertad: la libertad de uno termina cuando comienza la libertad del otro. De otro modo, el tema Censura/Autocensura ingresa en el terreno de las paradojas, y si avanzáramos un poco más, en el terreno del absurdo.

Finalizo. Esta exposición me ha servido para tomar acabada conciencia de cuánto y cómo esta temática trastocó y sigue trastocando mi vida. Ojalá sirva a otros. Gracias María Inés Repetto, gracias Paula Giglio.